

PARROQUIA SAN LORENZO  
(Gral. Conesa, Río Negro)  
(Rep. Argentina)



## PADRE JUAN BERTOLONE

Bahía Blanca, 21 de noviembre de 1976

Queridos hermanos:

El 7 de Mayo último el Señor llamó a sí a nuestro hermano sacerdote y misionero PADRE JUAN BERTOLONE, de 44 años de edad, 25 de vida salesiana y 15 de sacerdocio.

“Bendecimos a Dios que nos regaló un hermano de la talla del P. Juan”. Estas palabras, con las que un superior de nuestra inspección expresó al mismo tiempo sus condolencias y su admiración, pueden reflejar el sentir común de quienes lo conocieron de cerca.

Porque el P. Juan Bertolone fue sin duda alguna un hombre excepcional; un hombre cuya fe llegó hasta donde la nuestra ordinariamente no llega. Por eso que no resultará demasiado fácil trazar de él una semblanza que logre fotografiarlo “de cuerpo entero”. También porque no era fácil para todos entenderlo. Las manifestaciones de su caridad no raras veces podían asombrar y desconcertar.

“Su confianza en la providencia — escribió Mons. Alemán en ocasión de su fallecimiento— llegaba a “escandalizarnos” a nosotros, los hombres “prudentes...”

Cuando en 1971 el P. Juan llegó a Conesa (Río Negro) para hacerse cargo interinamente de esa parroquia una penosa situación ambiental podría haber puesto serias trabas al contacto pastoral entre el nuevo párroco y la población. El comprendió enseguida, como lo referirá más tarde, que a esa población no habría podido pedirle nada. Le quedaba una opción: solamente dar. Y dar lo que no tenía. Abrió entonces la casa parroquial, carente de las comodidades comunes, a todas las necesidades de los pobres, de la gente sin trabajo y sin techo, de los venidos de lejos para las “changas” en los tiempos de cosecha. Con muchos de ellos compartió casa y comida. Por la casa parroquial —atestigua Antonio Checchi, el laico que fue su mano derecha en todas sus empresas de caridad— pasaron cente-

nares y centenares de personas que recibieron todo lo que el Padre Juan podía ofrecerles, aun renunciando a su cama y durmiendo sobre una silla, cosa que hizo muy frecuentemente, o en el suelo, como también se lo vio otras veces.

Actitud singular la del P. Juan ante los pobres: él no esperaba que viniesen a pedirle; salía a buscarlos. A los pobres que pasada la hora del mediodía esperaban en la plaza algún medio de transporte, sin haber comido, él, más de una vez, los invitó y los acompañó hasta su casa para darles de comer.

Amor a los pobres, sin fronteras. y caridad pastoral, sin fronteras. La gente de Conesa no recuerda otro párroco que haya visitado tan frecuentemente las chacras esparcidas en varias leguas a la redonda. El P. Juan llegaba hasta los últimos rincones . . . con el vehículo que la Providencia le mandaba para cada caso.

A los pocos meses de estar al frente de la parroquia de Conesa, surgió el hogar para los chicos pobres. Sin medios y sin entradas fijas. Pidió ayuda, y la recibió también sin pedir. Y repartió sin cansarse. No era mucho en realidad lo que materialmente podía ofrecer a esos chicos. Pero el sostenía —y con razón— que, aun así, esos chicos estaban mucho mejor que en sus casas. Entre ellos, a pesar de múltiples estrecheces e inconvenientes, el supo crear un clima de verdadera familia, espontaneidad y confianza, actitudes que se ponían de manifiesto en la forma cordial con que esos chicos solían acercarse a los adultos que los visitaban. Pero sobre todo les transmitió, casi como por contagio, su espíritu de piedad, que ellos en cierta manera reproducían con una actitud de sencillo recogimiento en la oración, en los cantos y en la participación a la Eucaristía. Los chicos del Hogar, a la muerte del P. Juan, habían llegado a ser más de 50. A la hora del almuerzo, el P. Juan comía cuando había servido a los chicos. Y en esos momentos, más de una vez él se contentó con los pedazos de pan que sacaba de su bolsillo.

Pero el P. Juan hubiera querido abra-

zar todas las obras de misericordia y todas las edades. Estaban también los ancianos: unos cinco o seis. “Yo he tenido en él el cariño que no tuve de mi padre”, dijo uno de ellos. En realidad el P. Juan no sabía poner límites a sus deseos de caridad, ni sabía decir que “no” frente a las necesidades de los demás. Más de un superior debió advertírselo: “Veo un peligro en Ud. — le escribía D. Tohill—: Ud. no sabe limitarse y fácilmente se pone a hacer más de lo que se puede..” Por esto entendemos que sus dificultades para insertarse plenamente en el ritmo comunitario de trabajo no eran fruto sino de su desmedido afán de atender las necesidades urgentes de los débiles y necesitados.

Y sin embargo él no estaba contento aún de lo que había podido hacer. La noche del 2 de enero (pocos meses antes de su muerte) después de haber vivido intensamente una jornada de trabajo pastoral y de haber sepultado a un joven que había muerto por pelear el día de navidad, el P. Juan desahogaba sus sentimientos escribiendo así en un cuaderno: “Siento un afán hacia esta juventud abandonada . . . Señor, yo no puedo dormir esta noche sin tomar una decisión o proponerla a mi superiores: Deseo consagrarme en forma definitiva a toda clase de pobreza e indigencia . . .” Y continuaba: “Prefiero sentir las frías ráfagas de la pobreza de Belén, de la sequedad de la Cruz, y luego tu mano benigna que levanta, refuerza y compensa”.

“Excesos” en la caridad, y “excesos” en la pobreza. En otra página de ese mismo cuaderno encontramos dibujada la radicalidad de la pobreza que él soñaba para sí:

*“Enfermo en cualquier hospital;  
muerto en cualquier cajón;  
vivo en cualquier rincón;  
sin nada!  
con un breviario o un rosario!”*

Y el subrayado es suyo: “Sin nada!”

Pero todo esto tenía en él motivaciones bien claras. Así lo dejaba escrito algunas páginas después:

*“Es por Tí, Señor, para seguirte de cerca”  
“Es por ellos, los pobres, para salvarlos”  
“Es por tu Iglesia, que se renueva en el sacrificio de tus hijos. Amén”*

Una pobreza enraizada en el seguimiento de Jesús y en el ansia de salvar a los pobres.

Y “sin nada” —así, literalmente— murió. A menos que pensemos que pueda llamarse “tener algo” el disponer de unas sotanas raídas, unos pocos pañuelos y una máquina de escribir destartada, que fue todo el patrimonio de efectos personales que se encontró a su muerte.

Una pobreza que era fruto de un gran amor y que iba unida a una vida interior de fe y a una gran piedad sacerdotal. Una piedad que él expresó también en su preocupación por construir la nueva iglesia parroquial.

Fue probado con el vendaval que le hizo volar el techo de la antigua capilla pero pidió y recibió ayuda no sólo para reponerlo sino también para llevar muy adelante la construcción del nuevo templo. Con solicitud especial cuidó la construcción del ambiente que rodeaba al SSmo. Sacramento. Supo ver a Jesús en los pobres y a Jesús en la Eucaristía. Tuvo cariño paterno con ellos y delicadezas filiales ante la Presencia Real del Señor. Y con la SSma. Virgen, a quien dedicó casi una decena de ermitas en los rincones más distantes de su inmensa parroquia. Delante de una de ellas los vecinos se reúnen para rezar el rosario.

Y entre sus “excesos” habría que recalcar todavía el de la administración de los bienes de su salud: una salud que él derrochó en mil heroicas maneras, con un escaso comer y un insuficiente e incómodo dormir; y en un continuo brindarse a los demás. Hasta el límite de sus fuerzas. Hasta que no pudo más. Por todo esto y por todas las que más de uno habrá podido llamar “rarezas” del P. Juan, su figura se nos presenta como la de un hombre “fuera de serie”, como la de un “carismático” en el real sentido de la palabra, como la de un “profeta”.

Su sensibilidad al Espíritu y su profunda oración daban sentido evangélico a sus múltiples actividades. Y sabía ser también la voz de los que no tienen voz llevado por el único interés de aliviar el dolor de sus hermanos y hacer reconocer su dignidad de hijos de Dios. Su simplicidad de espíritu y su humildad hacían que todos percibieran claramente que en nada se buscaba a sí mismo, que afrontaba las cosas con la insuperable libertad y autenticidad de quien ha descubierto el “*unum necessarium*”.

En época de fáciles polarizaciones fue un hombre sin partidismos ni emblemas generacionales, ganándose el respeto y la admiración de ancianos y jóvenes, que reconocían que había sabido “jugarse”, pero solo por el Reino de Dios. Así se explican también sus repentinas “apariciones radiales”: cuando desde Conesa llegaba a Viedma y se hacía presente en la emisora local, más de una vez se interrumpía el programa radial y se daba cabida a la voz del Padre Juan, que era escuchada y seguida con gran simpatía.

“Se podrá discrepar con el P. Juan sobre sus sistemas pastorales y apostólicos —escribió Mons. Alemán— pero hay que reconocer que era un sacerdote consecuente hasta lo último con el evangelio que predicaba y que vivía”. Por eso, finalizada la homilía de la misa exequial se puso en sus manos, con el rosario, el libro del Evangelio: él lo había vivido sin atenuaciones, y sin calcular tampoco el límite de sus propias fuerzas. De su vida evangélica cuántos gestos personales podrían recordarse! Gestos que un poco nos desconciertan y otro poco nos obligan a revisar los criterios para medir nuestra fidelidad al sermón de la montaña.

Como cuando recibió serenamente labofetada de un hombre a quien había ido a pedir perdón por una decisión suya que había tenido molestas consecuencias. Como cuando no se quejaba ni siquiera de los que le robaban (“si se llevan esas cosas... es porque las necesitan”). Como cuando después de haber hablado muchas veces desde el altar sobre el perdón de las ofensas, salió el viernes santo con

sus chicos a la calle para borrar con cal las inscripciones murales que expresaban intenciones de venganza, escribiendo luego sobre la cal frases como éstas: "Cristo murió por todos"; "Amaos los unos a los otros". Como cuando en un momento del almuerzo con que se lo recibió al llegar a Conesa, se acercó al Obispo Diocesano presentando un grupo de pobres chicos encontrados por la calle y repitiendo la frase del Diácono San Lorenzo: "Aquí están las riquezas de la iglesia" (El titular de la iglesia parroquial de Conesa es S. Lorenzo). Como cuando en una cruda noche de invierno, quien lo acompañaba en la visita a una familia, advirtió que debajo de la sotana llevaba tan solo una delgada camiseta de verano, porque había dado su pullover a un pobre que sentía frío. Como cuando renunció al viaje a Italia para asistir a su padre enfermo de cancer (1969), escribiendo a sus hermanos: "Me parece que el mejor regalo que puedo hacer a papá, mejor que un abrazo filial y afectuoso, son estas obras hechas y ofrecidas al Señor por él, que tiene de veras el mérito de permitírmelas realizar, mediante mi permanencia aquí..." Y citaba a sus hermanos, en una larga y afectuosísima carta, las palabras del Niño Jesús en el templo a la Virgen y a San José, agregando luego: "Mi desprendimiento responde a un llamado del Señor: "quien no deja parientes y cosas por mí no es digno de mí". Y completa: "El testimonio de pobreza que ciertamente estos pobres de la periferia( de Patagones) comprenderán, cuando yo sepa evitar un gasto de \$ 180.000 (360.000) para estar cerca de ellos y ayudar a algún "sin techo"... podrá fructificar como el sacrificio de San Francisco de Asís que se reservó una bolsa, abandonando su casa rica..." (24-8-69).

Y en otra carta, agradeciendo las insistencias de los superiores para que viajase, citaba lo que antes su padre le había escrito: "Se la tua missione ti chiama, fa come la idea ti ispira" (21-X-1969). Y en otra anterior: "Lo que más quiero es no volver a Italia. Saliendo de allá quise iniciar una vida nueva. No me gusta volver atrás. Prefiero quedar aquí. Papá

comprende y Dios le premiará" (10-X-1969).

De estos y otros hechos, la gente de su parroquia llegó a conocer muchos. Quien sabe si algún día no podrán publicarse como "las florecillas del Padre Juan".

El P. Juan hizo visible la verdad de lo que enseña Pablo VI en la Evangelii Nuntiandi (Nº 41): "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio". Y la gente lo escuchó. También los que no eran cristianos. Como la esposa de un hebreo que decía yendo a la iglesia parroquial: "Vengo a ver al Buen Dios del Padre Juan..." O como aquella otra que pedía después de su muerte una fotografía del Padre diciendo con sencillez popular: "Pienso que para el día de mañana va a ser milagroso...".

El P. Juan Bertolone había nacido en Chieri (Turín) el 19 de mayo de 1931. Su curriculum lo escribió él mismo así, la noche del 2 de enero de este año: "Serenito y contento entré en 1942 al Seminario diocesano. Sereno y contento profesé en 1950 como salesiano. Sereno y contento abandoné en 1960 Italia y mi inspectoría, por la Patagonia. Cumplo ahora 25 años de vida salesiana, 15 años de vida sacerdotal. Pido a Dios que me ilumine para seguir su voluntad cada día". De todo el contexto de lo que escribe se advierte que no está "satisfecho" de lo que ha dado a Dios. Y siente como una exigencia el darle aun más. Desea una entrega aun mayor. Y lo expresa. Y tiene conciencia de los riesgos y dificultades: "la voz de los amigos, de la prudencia humana, de las dudas futuras, de las debilidades físicas y fracasos económicos... Me toca superar un bautismo de sangre..." Todo esto está escrito de un tirón esa misma noche, una noche que, a pesar de su angustia, es sentida y descrita por él así: "Oh noche clara en que todo aparece sereno . . . casi una noche pascual...". Y concluye toda su oración - reflexión así: "NO FALTARAS TU, SEÑOR, A NUESTRO LADO" (las mayúsculas son suyas. Y más arriba había escrito también: "Señor, cuán estre-

cha es nuestra mente, llena de miedo, atada al sueldo, al subsidio, a la beca fija, al Estado. Todos esos medios también pueden entrar en tu Providencia, pero no la limitan”.

Así, confiando sobre todo en los recursos de la Providencia había trabajado precedentemente también en Patagones y en las villas de su periferia. Por esa gente había hecho de todo. Por eso cuando durante sus períodos de enfermedad fue internado en el hospital de Patagones, apenas cundía la noticia entre la gente de las villas, se iniciaba un continuo peregrinar hasta su habitación, hasta no dejarlo un momento solo.

Una semblanza del Padre Juan debería recordar también otros períodos de su vida: en el Estudiantado Filosófico de Viedma fue asistente, catequista y profesor de diversas asignaturas (1961-63). Sus colegas de trabajo recuerdan la conciencia y meticulosidad con que preparaba sus clases, la frecuente oración en la capilla a lo largo del día y la prolongada permanencia ante el sagrario durante la noche. Su generosidad en prestarse también para el deporte cuando se requería uno más para integrar un equipo. Recuerdan también sus frecuentes y agudos dolores de cabezas, sus noches de insomnio y su sufrimiento moral ante las dificultades propias de un estudiantado en los duros comienzos de un período de transición y de cambio. Pero en medio de todo, ya entonces lo atraían la juventud abandonada y los pobres. Los que encontró y buscó también en la actividad misionera de la cordillera de Neuquén y en sus tareas pastorales de Comodoro Rivadavia. Ellos fueron “su delicia” siempre. El fue “el amigo de los pobres” hasta el fin.

Entendemos por esto mismo lo que tiene que haberle costado la obediencia que recibió a mediados de 1971: abandonar un grupo muy numeroso de pobres de una villa de emergencia, con la que su celo lo había vinculado. El comprendía que su presencia allí no habría podido ser suplida y en su interior juzgaba también que los pobres que él abandonaba eran los más necesitados. Debíó de ser un mo-

mento muy duro y difícil para él. Pero aceptó la orden y se trasladó. En unas “Buenas Noches” dadas a jóvenes salesianos explicó con sencillez las límpidas motivaciones de fe que lo habían llevado a elegir simplemente “la obediencia”.

Y así, con igual simplicidad, acató la orden de trasladarse a Bahía Blanca para hacerse atender por especialistas, cuando, al fin su agotamiento y su cansancio comenzaron a preocupar a todos. Se le ofrecieron medios para trasladarse, pero él tomó el colectivo y se llegó a Bahía Blanca con los medios comunes.

Tanta era su aceptación y serenidad que muchos de nosotros no alcanzamos a sospechar la grevedad del mal ni la inminencia del fin. E incluso en esos últimos días no rehusó prestarse al ministerio en la medida de sus fuerzas. Un Cristo destrozado que encontró abandonado en un rincón de la parte antigua del colegio y que llevó en seguida cariñosamente a su pieza era la imagen del Cristo doliente que sufre en sus miembros. Y el gesto de recogerlo sin titubeos y llevárselo consigo era también un poco la imagen de todo lo que él había hecho durante su vida.

Un desvanecimiento obligó a los médicos a intervenir de urgencia. Se le descubrió entonces un tumor al cerebro. A una operación que duró 6 horas siguió una segunda días después. Los médicos se sirvieron de todos los recursos de su ciencia para salvarlo y prolongarle la vida con una gran dedicación y un gran cariño. Pero no volvió a recuperar más el conocimiento. Con un rostro serenamente distendido esperó así varios días el llamado definitivo de Dios. Sus restos fueron llevados a Conesa. Las exequias fueron un triunfo. El triunfo de la fe, de la caridad, del sacerdocio. Una muchedumbre inmensa lo acompañó a pie por un kilómetro y medio hasta el cementerio, rezando y cantando. De las aceras vimos a gente de toda clase mirar primero y unirse después al cortejo fúnebre: una verdadera marcha de la fe de un pueblo que se unía para expresar su gratitud y su admiración.

La población de Conesa, que atravesó períodos difíciles en la expresión de su fe y en su unidad eclesial acusaba así el impacto que le había producido la predicación cotidiana de cinco años de caridad y de pobreza.

La iglesia de ladrillos no estaba todavía acabada. Pero la iglesia de piedras vivas, demostraba con todo esto estar mucho más adelantada. Por eso pudo decirle un exalumno salesiano al despedirlo: "Padre Juan, cumpliste con tu Obispo, cuando te encomendó que construyeras la iglesia".

Al caer la tarde el cementerio se vio lleno de más gente de la que creíamos tenía Conesa. No será fácil olvidar aquellos momentos, ni los cantos ni el credo coreado por la muchedumbre ante los restos de un salesiano que había predicado el Evangelio con su vida.

Allí espera el P. Juan la hora de la resurrección. Creo poder decir que su en-

tierro fue una jornada de gloria para la Iglesia y para la Congregación Salesiana.

Siento finalmente el deber de agradecer a los Doctores Palomo, Lemonier y Zambrana que pusieron a servicio de la vida del P. Juan competencia profesional y cariño y preocupación excepcionales; a las Hijas de María Auxiliadora de la comunidad del Sanatorio del Sur y de la comunidad de Conesa por la atención permanente y fraterna y todos los salesianos y amigos que le brindaron cuidados y apoyo.

Y a todos pido un recuerdo en la oración por el P. Juan y por esta Inspectoría Patagónica. Y "que Dios nos regale otros hermanos de la talla del P. Juan"!

Cordialmente, en Don Bosco.

**JUAN CANTINI**  
Inspector Salesiano

## **DATOS BIOGRAFICOS:**

Nacido en Chieri (Turín) el 19 de mayo de 1931, de Ricardo y Lucía Razzetti.

Ingresó al Seminario arquidiocesano de Chieri en 1942. Al Noviciado Salesiano de Pinerolo, en 1949. Primera Profesión: 16-8-1950. Bachillerato en filosofía en el PAS, Turín (1951-52). Tirocinio práctico en la Casa Madre de Turín y en Perosa (1953-1956).

Profesión perpetua el 15-8-1956. Teología y ordenación sacerdotal en Bollengo (1-7-1960). Parte para la Patagonia el mismo año. Catequista en el Estudiantado Filosófico de Viedma (1961-63). Catequista y Vice Párroco en Junín de los Andes (1964). Misionero en Aluminé, Chos Malal, Loncopué, Las Lajas (1965) y Patagones (1966-68). Vice párroco de Patagones (1969-1970). Párroco de Conesa (1971-1976).

Se apagó serenamente en Bahía Blanca el 7 de mayo de 1976.